

Daniel Parodi Revoredo*

¿Cuánto queda de aquello?: Ecos coloniales en tiempos republicanos

“¡Profesor, es necesario integrarlos!; ¡profesor, ellos tienen que aprender el español pues es la lengua oficial del Perú!, ¡profesor no es posible que ellos se encuentren en una situación de total abandono por parte del Estado!”

Como académico, soy un convencido de que los textos de historia constituyen relatos acerca del pasado. Sin negar los importantes aportes teóricos y metodológicos que durante el siglo XX revolucionaron la disciplina histórica, el producto final de toda investigación se expresa, de un modo u otro, a través de narraciones con importantes contenidos explicativos y analíticos.

Es por ello que acerca de una sola temática pueden existir posiciones antagónicas, lo que demuestra que la historia no trata necesariamente de la verdad. Ciertos son los acontecimientos recreados, pero las palabras, frases e interpretaciones con los que los conectamos reflejan, finalmente, nuestra particular descripción del pasado que evocamos.¹

Así, la elaboración de un ensayo para responder las inquietudes de mis alumnos y las mías propias acerca de la evolución de la sociedad peruana en tiempos republicanos ha sido una experiencia enriquecedora. Para comenzar, la utilización del género ensayístico nos proveyó un modelo con la flexibilidad necesaria como para plasmar nuestras inquietudes en estas páginas.

Por ello, este trabajo constituye una reflexión que, a grandes rasgos, discute la temática que nos ocupa y revisa los tópicos historiográficos más difundidos que la han referido. En tal sentido, el presente estudio ha

* Historiador, profesor de la PUCP y de la UPC.

1 REGALADO DE HURTADO, Liliana. *El rostro actual de Clio*. La historiografía contemporánea: desarrollo, cuestiones y perspectivas. Lima, PUCP - Fondo Editorial, 2002. pp. 52-75. La autora discute y analiza en extenso el debate acerca de la narratividad de la historia y las diferentes posiciones que existen sobre el particular.

centrado su análisis en algunas síntesis de historia republicana publicadas en las últimas dos décadas, sin descuidar la revisión de otras investigaciones más especializadas, acerca de temáticas específicas que despertaron nuestro interés.²

Nos llamó la atención constatar que en nuestro público objetivo -la colectividad en general y el alumado en particular- persiste una representación estamental de la sociedad peruana que no se corresponde necesariamente con la situación presente. También, nos motivó el convencimiento de que la historiografía que trata el periodo republicano, y los contenidos de los textos de divulgación que lo recrean, requieren examinarse a la luz de los horizontes académicos que se abrieron paso en las últimas dos décadas.

En el entendido de que los tiempos de la bipolaridad mundial generaron posiciones encontradas en el ámbito intelectual, consideramos urgente la revisión sugerida, lo que implica la puesta en valor de los aportes más notables de la producción historiográfica pasada.

Nosotros y los otros

Las intervenciones que reproduzco en el epígrafe de este ensayo denotan que en el Perú existe un “ellos” que se opone a un “nosotros”. El indígena de la sierra, el nativo de la selva, el campesino rural andino, el shipibo, el aymara, entre otros, refieren, en la percepción de muchos, al “otro” de nuestra sociedad. Este “otro” es percibido como distinto del “nosotros” que conforman los peruanos hispanohablantes, ciudadanos y más o menos adheridos al bagaje cultural y tecnológico occidental.

Es por ello que la alteridad -entendida como el saberse uno en la medida en que existe otro distinto- aparece como un elemento fundamental en la manera como cada individuo nacido en el país imagina su lugar en la sociedad y delinea la identidad personal.³

Hace casi 500 años, la Corona española dividió la sociedad colonial en dos Repúblicas – de indios y de españoles – e instauró la figura legal de las castas para también clasificar a aquellos que provenían del mestizaje étnico. De este modo, la estratificación socio-racial de los habitantes del virreinato peruano

se diversificó al punto de generar una miscelánea de nomenclaturas tales como “saltapatrás”, “terceron y cuarterón”, “sacalagua”, además de las más difundidas y conocidas como mestizo, zambo y mulato.

¿Pero acaso la sociedad peruana no ha cambiado en casi doscientos años de vida independiente? ¿En qué medida el “racialismo”⁴ colonial es una continuidad histórica en el Perú?⁵ En suma, ¿cuánto queda de aquello a puertas de la segunda década del nuevo milenio?

En las siguientes líneas les presentamos un ensayo de historia transversal cuyos objetivos centrales son seguirle la pista al devenir del esquema socio-racial colonial durante el período republicano y discutir las representaciones que la historiografía ha difundido acerca de aquél. Indagaremos sus permanencias, sus transformaciones y evaluaremos los resultados de algunos de los proyectos que desde el Estado, u otros sectores sociales, se ejecutaron o frustraron con la intención de transformarlo.

En síntesis, este trabajo propone una visión general y crítica de la historia del Perú independiente a través del examen del movimiento de sus estructuras sociales y de las narraciones que las han referido. También sugiere algunos horizontes temáticos y líneas de investigación que esperamos continuar en el futuro cercano.

1. El siglo XIX

1.1. Los primeros cincuenta años

Los decretos promulgados por el dictador vitalicio Simón Bolívar en 1824 supusieron la marginación y el despojo de una fracción importante de la población campesina peruana. La medida desprotegió la propiedad comunal, la que fue nacionalizada y luego revendida como propiedad privada. A decir de Román Robles dicha legislación ordenó la nacionalización y posterior venta de:

“(...) las tierras de comunidades. Bolívar expide este Decreto Supremo el 8 de abril de 1824. Dado en Trujillo, este decreto apunta indirectamente a la disolución de la comunidad, por considerarla una traba

2 Las síntesis de historia republicana que hemos examinado para establecer nuestro estado de la cuestión e identificar las diferentes narraciones y posiciones con las que se recrean los siglos XIX y XX son las siguientes: MANRIQUE, Nelson. *Historia de la República*. Lima, Fondo Editorial de Cofide, 1995; CONTRERAS, Carlos y MARCOS CUETO. *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima, Universidad del Pacífico y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004 y KLAREN, Peter. *Nación y sociedad en la Historia del Perú*. Lima, IEP, 2005.

3 TODOROV, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. Reflexión sobre la diversidad humana. México, Siglo XXI, 1991 pp. 115 – 139 y CATALANI MUGUIRO, Franco H. J. *El mal en la dialéctica de la alteridad*. Publicación del Instituto de Análisis Semiótico del Discurso, VOL.VII, N° 7 DIC – 2003. Ambos autores orientan nuestro aparato teórico acerca de la otredad y la alteridad.

4 Op. Cit. pp. 115-116. Para Todorov “el racismo es un comportamiento que viene de antiguo y cuya extensión probablemente es universal; el racialismo es un movimiento de ideas nacido en Europa, y cuyo período más importante va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XX”. A pesar de que el marco temporal propuesto por Todorov se remonta sólo hasta mediados del siglo XVIII, nosotros pensamos que es válido extenderlo a los tiempos de la formación del mundo colonial en donde se erige un corpus ideológico –racialismo– que jerarquizó la sociedad de acuerdo con el origen étnico. Sobre este particular véase QUIJANO, Anibal. *Don Quijote y los molinos de Viento en América Latina*. En: KOZLAREK, Oliver. *De la teoría a una crítica plural de la modernidad*. Buenos Aires, Biblos, 2007.

5 MANRIQUE, Op. Cit. pp. 42-51. El autor señala que “(...) la naturaleza del Estado implantado en el Perú luego de la Independencia solo puede ser cabalmente aprehendida si se toma en cuenta (...) la exclusión de la inmensa mayoría de la población en base a la ideología racista antimixta colonial”. Ibid. p. 49.

para el progreso de la nueva República. Fomenta el individualismo al estilo fisiocrático europeo del siglo XVIII y liberaliza la propiedad comunal de la tierra por la vía de la enajenación y apunta a generar fondos para el empobrecido fisco, por la venta de las tierras comunales por parte del Estado”.
(Robles 2002: 39)

Es cierto que algunas comunidades no entregaron la totalidad de sus tierras o que las compraron luego de aprobado el mencionado decreto, también lo es que la necesidad de contar con liquidez monetaria –más imperiosa desde la reinstauración del tributo indígena en 1826- obligó a los campesinos comuneros a comercializar una fracción cada vez mayor de su producción en los mercados locales. Es por ello que algunos autores afirman que éstas fueron medidas incluyentes que conectaron al sector tradicional con el sector moderno de la sociedad peruana.

“Uno de los aspectos que más atención demandó al gobierno de Bolívar fue la situación de los indígenas. Estos componían aproximadamente el 60 por ciento de la población y sin su concurso la república sería una quimera. Dictó medidas liberales tendientes a poner a los indígenas en el camino de la ciudadanía, como la abolición de la propiedad corporativa sobre sus tierras”.
(Cueto y Contreras 2004: 72)

Sin embargo, a nuestro parecer la liberalización de la propiedad de la tierra no obtuvo como resultado la inclusión social. Más allá de promover algún acercamiento de la población comunera a los circuitos mercantiles⁶, aquella disposición inició, más bien, un nuevo y prolongado periodo de *desestructuración andina*, que se concretó a través de la expansión del latifundio y la crisis de la comunidad campesina.

De esta manera, durante los primeros veinte años de vida republicana del Perú, a la retracción del Estado, que se produjo como consecuencia de la guerra de Independencia y la crisis económica que le sobrevino, se le sumaron los efectos de la aplicación de la legislación bolivariana. Todo ello explica el desarrollo del “gamonalismo”.

Ante el vacío de poder dejado por el Estado, se consolidaron poderes locales basados en la gran pro-

piedad territorial, dentro de la cual las relaciones de trabajo se asemejaron a los vínculos feudales entre señor y siervo, como subrayan varios autores de la escuela marxista.⁷ Es por ello que tras la emancipación, en la sierra peruana se implementaron formas de servidumbre más coercitivas que las coloniales.

Desde mediados de la década de 1840, con la llamada pax castillista o andina⁸ se expandió nuevamente el radio de acción del Estado, así como algunos de sus servicios más indispensables. Sin embargo, lejos de atenuarse, el esquema socio-racial que venimos delineando se consolidó.

Con o sin corrupción de por medio, con la intención o no de desarrollar el sector privado empresarial transfiriéndole recursos públicos⁹, la ley de consolidación de la deuda externa y el decreto de abolición de la esclavitud reforzaron la fragmentación socio-cultural del país. Al potenciar a sectores socioeconómicos emergentes –como los comerciantes y financieros limeños, y los agro-exportadores de la costa norte- la división estamental de la sociedad no sólo se mantuvo, sino que se potenció. En tono crítico, Cueto y Contreras sostienen que:

“En muchos países europeos la deuda pública fue (...) una manera de dotar rápidamente a una potencial clase burguesa con el capital necesario para lanzarse a la inversión económica. Esa transferencia tenía que ser selectiva: no podía repartirse el dinero público a todos, ya que las cantidades en cada caso resultarían diminutas y serían rápidamente licuadas al consumo, antes que orientadas a la inversión”
(Cueto y Contreras 2004: 133)

Más adelante, al principiar la década de 1870, se inició un breve periodo en el que los civiles ejercieron el poder político, tras medio siglo de militarismo. Carmen Mc. Evoy destaca el “proyecto nacional” de José Pardo, a quien presenta como un visionario. Sin embargo, su tesis se sustenta más en la exaltación de las ideas del líder del civilismo que en las repercusiones de sus postulados en la política y sociedad peruanas de entonces.¹⁰

No nos parece pues, que durante el Primer Civilismo -1872 a 1876- se haya ejecutado en el país un proyecto liberal inclusivo con repercusiones importantes. Por el contrario, los efectos de la crisis mundial

6 CUETO Y CONTRERAS, Op. Cit. p. 81.

7 BURGA Y FLORES GALINDO. *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima, Rikchay Perú, 1991. Según los autores, el gamonalismo aglutinó “al grupo terrateniente que se sustentó en la explotación feudal de las mayorías campesinas”. p. 102.

8 MC EVOY, Carmen. *El legado castillista*. En Revista Histórica. Vol XX N.2 Dic. 1996.

9 KLAREN, Peter. Op. Cit. El autor sostiene que “la consolidación de la deuda interna fue capitalizada como la transferencia de fondos del tesoro público”. p. 211.

10 MC. EVOY, Carmen. *La experiencia republicana: política peruana, 1871-1878*. En SÁBATO, Hilda (coord.) *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*. México, D.F. El Colegio de México, 1999. Según la autora, desde mediados del siglo XIX se fue consolidando en el Perú un republicanismo liberal que permitió, en 1871, la alianza de burgueses y artesanos en un frente político –el Partido Civil- el que habría catalizado las ideas que Manuel Prado difundió en una serie de proclamas y publicaciones. No obstante, Mc Evoy también afirma que la crisis mundial de 1873 dividió la alianza burguesa-artesanal a la que hace mención. pp. 258-264 y 264-267.

de 1873 desnudaron las agudas contradicciones al interior de los sectores socioeconómicos que debían llevar a cabo el proyecto y fue en esas circunstancias que se abrió paso la difícil coyuntura de la Guerra del Pacífico.¹¹

1.2. La Guerra internacional y la “guerra de razas”

Hace casi tres décadas, Heraclio Bonilla y Nelson Manrique debatieron las razones por las cuales los comuneros de la Sierra Central del Perú apoyaron a Andrés Avelino Cáceres en la Campaña de Breña. Para el primero, se trató de una cuestión de lucha de clases y defensa de bienes comunales; a su turno, Manrique sostiene que la equilibrada correlación de fuerzas entre comunidades y haciendas en la sierra central explica que los comuneros hayan podido efectivizar su apoyo al general resistente.¹² Sobre este particular, también se sostiene que la existencia del “otro” –el chileno– que ataca indistintamente los diversos sectores de la sociedad peruana de entonces, engendra una incipiente idea de nación, un “nacionalismo cívico” que se desarrolla en relación con otro país o nación que cumple el rol de contrario o contrincante.¹³

348

“A nuestro juicio no se debe desdeñar el peso de la prédica ideológica, sistemáticamente desarrollada por Cáceres y sus acompañantes. (...) estas acciones, en una región de características tan peculiares como las de la sierra central, y dentro del contexto creado por los innumerables atropellos cometidos por las fuerzas de ocupación, que hizo particularmente fértil el terreno para la prédica nacionalista, cumplió una función fundamental”. (Manrique 1981: 378)

Tras los ejes centrales de este debate, se ha difundido una serie de imaginarios acerca de la participación indígena en la Guerra del Pacífico. Así, se piensa que a diferencia del “otro chileno” que peleaba por Chile, el “cholo peruano” o indígena lo hacía por

el General; en el mejor de los casos, por el General Perú. Además, se sugiere que la poca preparación y compromiso patriótico del elemento indígena marcó una importante diferencia en favor de los objetivos militares del oponente chileno.

Para Nouredine, el imaginario es una dimensión intermedia entre la realidad y la ficción, definición que es funcional al caso que nos ocupa.¹⁴ Ciertamente, si la guerra se prolongó casi tres años después de la ocupación de Lima fue debido al respaldo que las comunidades campesinas de la sierra central le brindaron al general Andrés Avelino Cáceres. La resistencia indígena resultó indispensable para sostener los regimientos del Ejército del Centro y conformar las guerrillas y montoneras que los secundaron.

Por el contrario, la división partidista en el mando político y militar impidió canalizar con éxito los esfuerzos de la resistencia nacional. Así, Rodolfo Castro, en su sugerente tesis acerca de las organizaciones patrióticas durante la ocupación de Lima, demuestra cómo los esfuerzos de dichas juntas no obtuvieron el resultado esperado debido a las divergencias que existían al interior de la oficialidad peruana. Entre éstos, se destacaba una serie de bandos o partidos caudillistas como los caceristas, pierolistas, iglesistas, monteristas, entre otros.¹⁵

Sobre este tema aporta significativas luces el papel desempeñado por Miguel Iglesias, caudillo norteño que se levantó en contra de la resistencia cacerista y postuló firmar la paz con los chilenos, con cuyas autoridades y fuerzas militares colaboró incondicionalmente. Jorge Basadre sostiene que Iglesias fue un caudillo que sacrificó su imagen pública en aras de la paz; para el líder cajamarquino, el Perú requería concluir una guerra en la que no cabía la posibilidad de la victoria¹⁶.

Hugo Pereyra dice algo más y sostiene que, gracias a la defección iglesista, los negociadores chilenos incluyeron la cláusula de Tacna y Arica en el Tratado de Ancón, lo que en 1929 habría conllevado a la recuperación de la primera de estas provincias.¹⁷

11 Esta afirmación no se opone necesariamente a las tesis que estudian el paulatino desarrollo de un imaginario político republicano en los siglos XIX y XX; más bien, sostenemos que la jerarquización social colonial prevaleció como forma de relación entre los individuos hasta bien entrado el siglo XX, amalgamada con las nuevas instituciones e ideologías políticas que en paralelo se desarrollaron. Acerca de estos particulares véase los trabajos de THURNER, Mark. *Republicanos andinos*. Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas; Lima, IEP, 2006; Mallón, Florencia. *De ciudadano a “otro”: resistencia nacional, formación del Estado y visiones campesinas sobre la nación en Junín*. En Revista Andina N. 23, 2004 y los trabajos DE MC. EVOY, Carmen: *La huella republicana liberal en el Perú: Manuel Pardo: escritos fundamentales*. Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004 y *Forjando la nación: ensayos sobre historia republicana*. PUCP, Instituto Riva-Agüero y The University of the South, 1999.

12 BONILLA, Heraclio. *El problema nacional y colonial en el contexto de la Guerra del Pacífico*. En *Histórica*, Vol III, N.2, Diciembre, pp. 1-34. Lima. y MANRIQUE, Nelson. *Las Guerrillas indígenas en la Guerra con Chile*. Lima, CIC, 1981.

13 TODOROV. Op. Cit. pp. 203-204. Todorov diferencia el nacionalismo cultural que afirma las calidades específicas de la nación del nacionalismo cívico que supone la elección del país propio en contra de todos los demás.

14 NOUREDDINE AFFAYA, Mohammed. *Imaginarios de hecho y razón política por una esperanza intercultural*. En *Revista Cidob d’Afers Internacionals* n° 66-67, octubre 2004. p.28.

15 CASTRO, Rodolfo. *Las organizaciones patrióticas durante la ocupación de Lima (1881 – 1883)*. Lima, 2009, (s/p – tesis de Licenciatura). Los tres capítulos de esta investigación tratan la actuación de las organizaciones patrióticas y explican las dificultades que la división política al interior del país supuso para el cumplimiento de sus objetivos.

16 BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima, Editorial Universitaria, 1983 (7ma Ed) pp. 313-314.

17 PEREYRA, Hugo. *Andrés Avelino Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883)*. Lima, ANR, 2006. pp. 80 – 102. El autor retoma la apreciación de Jorge Basadre sobre aquel. Basadre señala que el “caudillo de Montán” sacrificó su carrera política en aras de la paz. Sobre este particular, el suscrito subraya que es necesario evaluar la acción iglesista de acuerdo con la manera como afectó la resistencia cacerista y las negociaciones de paz emprendidas por la Alianza Perú-Boliviana. PARODI, Daniel. *La laguna de los villanos: Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la Guerra del Pacífico 1881-1883*. Lima, Fondo Editorial PUCP e IFEA, 2001. pp. 74 – 75.

“Es muy claro que Iglesias actuó con motivaciones patrióticas y de buena fe aunque, a nuestro entender, dio este paso de forma apresurada. Desde el comienzo, Iglesias fue muy consciente del halo de “miseria moral” que iba a rodear su régimen. Fue un raro gesto de valentía y de coraje cívico.” (Pereyra 2006:83)

Nosotros creemos que es necesario matizar esta posición y revisar, por ejemplo, los estudios de Juan Rodríguez, que están próximos a ser publicados. Rodríguez estudia la influencia de la “Comuna de París” de 1870 en las élites peruanas y demuestra que aquel acontecimiento generó aprehensiones ante la eventualidad de un masivo levantamiento indígena.¹⁸ Así, en junio de 1883, Remigio Morales Bermúdez le escribía al vice-presidente Montero en los siguientes términos:

“Desde que se retiraron las fuerzas que se organizaban en esta plaza, es decir desde que marcharon sobre Izcuchaca, se nota en la indiada de Huanta, Humanguilla y Quinua una actitud rebelde que amenaza un conflicto con tendencias al comunismo. En Huanta particularmente no cesan de estar saqueando casas, amenazando a todo el que no toma parte en sus infames propósitos. Participa también de esa actitud Luricocha, distrito Huanta y como esta actitud es una constante amenaza a esta ciudad (...)” (Guzmán 1990: 248)

No parece descabellado, pues, que el miedo a una “guerra de razas”, como en ese entonces se le llamaba, haya influido en los ánimos de renombrados personajes de las élites peruanas y que aquel se haya canalizado a través de la figura de Miguel Iglesias, en instancias en las que Cáceres se encontraba más fortalecido y presionaba a los hacendados de la sierra central en búsqueda de recursos económicos y logísticos, para impedir que se le pagasen cupos a las fuerzas de ocupación¹⁹.

La disidencia iglesista parece pues responder tanto a la división interna entre facciones político-caudillistas al interior del Perú, así como a la estratificación socio-cultural y étnica del país, cuyos abismos, entonces infranqueables, impidieron la canalización del esfuerzo bélico en una sola dirección. De hecho, la poca unidad mostrada por las facciones dominantes denota que la idea de nación era aún muy germinal cincuenta años después de la gesta emancipadora.

Sin embargo, es fundamental comprender que los parámetros mentales e ideológicos de las élites políticas y económicas del siglo XIX diferían sensiblemente de las del sujeto contemporáneo. Por aquel entonces,

regían los postulados de la doctrina filosófica del darwinismo social, la que acompañó y justificó la expansión colonial europea en el África y parte de Asia, en la segunda mitad del siglo XIX.

Aquellos hombres no pensaban como nosotros y las posturas raciales adoptadas por las élites blancas latinoamericanas eran las más coherentes que podía esperarse considerando su universo mental. Por ello, importa poner las cosas en perspectiva y no proceder a un enjuiciamiento de su desempeño desprovisto de los filtros que acabamos de referir.

2. El Siglo XX

Es imposible sostener que en el devenir histórico nada cambia, los cambios se producen siempre, queramos o no, los veamos o no. Sin embargo, mientras que en el siglo XIX peruano las transformaciones se suceden lentamente; en el siglo XX, el vértigo de inesperadas transiciones acelera la percepción del tiempo histórico.

2.1. La era aristocrática y el Oncenio de Leguía

La República Aristocrática constituye el último amener de un orden social que en las décadas siguientes se modificó sustancialmente. Emplazada entre 1895 y 1919, en la era aristocrática la división del país en dos estamentos bien definidos y separados encontró una alta funcionalidad, la que se expresó en la estabilidad política y el desarrollo económico.

En aquellos tiempos, el predominio político del Partido Civil pudo concretarse gracias a su inteligente pacto con los gamonales serranos ante quienes el Estado abdicó de sus funciones más básicas. Además los señores terratenientes consolidaron su posición a través de su importante presencia en las cámaras parlamentarias, prefecturas y otros. Nunca con tanta nitidez, el mapa sociopolítico del Perú mostró un pequeño sector al frente de la vida pública del país y al resto superviviendo entre ancestrales formas socioeconómicas andinas, a la vez que sometido a un dominio señorial con evidentes características feudales.

Sin embargo, poco después la emergente clase obrera-industrial irrumpió en la escena como un nuevo actor social inspirado en foráneas ideologías, reivindicativas y revolucionarias. Ciertamente, la acción de la clase obrera le propinó el primer golpe frontal al esquema estamental vigente y conllevó a sus primeras revisiones y reformas. Así, en 1919, la crisis de post-guerra sumada a la presión de los trabajadores fabriles en pos de la participación política y

18 RODRÍGUEZ, Juan. *Los ecos de la Comuna de París en el Perú durante la Guerra del Pacífico*. Lima, 2010 (s/p)
 19 MANRIQUE, 1881. *Ibid.* pp. 209-210 y PEREYRA, 2006. *Ibid.* pp. 179 -180.

de mejoras en sus condiciones de trabajo crearon la coyuntura propicia para un largo periodo reformista, financiado casi íntegramente con el capital norteamericano.²⁰

El Oncenio de Leguía (1919-1930) se caracterizó por la expansión de la presencia del Estado en un intento por recuperar su autoridad en aquellos espacios donde la había delegado a los señores terratenientes. Esta política obtuvo sólo éxitos relativos. Así, lo que Flores Galindo llama “política zigzagueante” de Leguía frente a los gamonales, refleja en realidad la posibilidad o imposibilidad estatal –de acuerdo con la correlación de fuerzas regionales- de someter a los latifundistas a sus fueros²¹. A la política mencionada se le sumó la legalización de las comunidades campesinas, aprobada en la Carta Magna de 1920, que frenó la expansión territorial del latifundio.

Por otro lado, en la década de 1920 se desarrolló el indigenismo, movimiento intelectual cuyas vertientes más destacadas fueron la política y la literaria. La primera de ellas estuvo representada por José Carlos Mariátegui y la segunda por José María Argüedas y Ciro Alegría. De esta manera, “el problema del Indio” se incorpora al debate político del Perú del siglo XX y adquirirá decisiva notoriedad en las décadas posteriores.

En el aspecto ideológico, el debate entre Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Víctor Andrés Belaúnde cerró la década con tres posturas distintas acerca del rumbo a seguir. Burga y Flores Galindo recrean la polémica que Haya y Mariátegui sostuvieron en 1928. Según los autores, el “Amauta” triunfó en la discusión debido a su cercanía con la ortodoxia marxista. A pesar de que Mariátegui adapta con brillantez los postulados socialistas a la realidad peruana, mantiene las premisas básicas del modelo, como la propuesta de una sociedad sin clases y la idea de una revolución llevada a cabo por el sector obrero en colaboración con el campesinado.

Al contrario, los autores fustigan a Haya por sus tempranos deslindes con el marxismo y su planteamiento de ejecutar un programa reformista liderado por un frente pluriclasista. La postura reseñada y su reproducción en publicaciones posteriores, denotan que aún predomina una interpretación de aquel lejano debate que se corresponde con tiempos en los que los académicos orientaban su análisis de acuerdo con premisas ideológico-políticas²².

“¿Qué balance se puede formular de la polémica entre Haya y Mariátegui? En 1928 José Carlos Mariátegui había conseguido demostrar que el análisis de Haya de la Torre no permitía realizar una verdadera revolución social en el país, ni tampoco una consecuente política anti-imperialista. Edificar el Estado que el aprismo proponía para, soslayando la lucha de clases, negociar con el imperialismo, sin salir del capitalismo, encerraba un conjunto de contradicciones que hacían inviable el proyecto”. (Burga y Flores Galindo 1991:183)

En realidad, lo que se presentó a finales de la década de los 30 fueron tres diferentes lecturas de la realidad peruana: una marxista, la de Mariátegui, una social demócrata, la de Haya y una conservadora, la de Belaúnde. Estas interpretaciones influyeron decisivamente en los acontecimientos y en las bases programáticas de las agrupaciones políticas que actuaron en las décadas posteriores.

2.2. El ocaso oligárquico: democratización, represión y populismo

Henry Pease sostiene que en la década de 1930 se inició el ocaso del poder oligárquico y que ésta se profundizó en los años cincuenta. Nelson Manrique, a su turno, considera que dicha crisis fue la expresión de la incapacidad de la clase dominante de gobernar el país por ella misma. Esta situación dio lugar a una serie de pactos y alianzas entre ésta y las Fuerzas Armadas, las que fungieron de reacción conservadora frente al ascenso de los sectores populares²³.

Ciertamente, la presión ejercida por el partido aprista en los actores políticos tradicionales forzó, en los subsiguientes treinta años, la paulatina ampliación y democratización del espectro político. Sin embargo, el periodo no estuvo exento de retrocesos y contramarchas caracterizados por implacables dictaduras que pusieron en marcha contundentes aparatos represivos.

“Desde la década del 50 y en un proceso que comienza con la coyuntura de los años 30, aunque entonces la represión fue eficaz, diversas luchas políticas y sociales expresan en su postura antioligárquica que las mayorías cuestionan el poder oligárquico”. (Pease 1986:191)

20 KLAREN, Op. Cit. Cap. VIII y CUETO Y CONTRERAS, Op. Cit. Cap. 5.

21 BURGA Y FLORES GALINDO, Op Cit p.134.

22 Ibid, pp. 175 – 184. La postura de Burga y Flores Galindo es coherente con su ideología y los tiempos en la que fue lanzada. Nos preocupa, no obstante, su reproducción, casi sin matices, en publicaciones más recientes; así por ejemplo, Manrique sostiene que a las ideas de Mariátegui, Haya respondía con ataques *ad hominem*. MANRIQUE, Nelson. *Usted fue aprista*. Lima, Fondo Editorial PUCP, 2009 pp. 90-91. Klaren, por el contrario, presenta un análisis más matizado acerca del debate ideológico entre los tres autores que hemos referido. Op. Cit. pp. 315 – 324.

23 PEASE, Henry. *El ocaso del poder oligárquico: lucha política en la escena oficial 1968-1975*. Lima, Desco, 1986. Cap. III. Manrique Ibid. 1995 p. 251. Las tesis de los autores mencionados nos han resultado altamente funcionales para comprender y analizar el periodo que comprenden los 1930 a 1970.

En el nivel social, el ocaso oligárquico parece representado por la crisis del gamonalismo originada por un factor fundamental que no fue ni planificado, ni esperado: la transición demográfica. Así, el Perú comenzó el siglo XX con cerca de tres millones de habitantes y lo concluyó con casi treinta. Esta revolución demográfica – sui generis – supuso que la población peruana aumentase cerca de mil por ciento en apenas una centuria.²⁴

Las razones que explican este fenómeno son varias, pero quizá las principales se encuentren en el hecho de que el crecimiento de la infraestructura estatal durante el Oncenio de Leguía (por ejemplo carreteras y hospitales) creó vasos comunicantes entre las diferentes regiones del Perú. La mayor cercanía al Estado a través de la expansión de la red vial no sólo estimuló el movimiento migratorio, sino que puso por primera vez los servicios de salud del Estado al alcance de los sectores rurales. De esta manera, se consiguió la remisión y erradicación de una serie de enfermedades y se detuvo la mortalidad infantil, hasta entonces endémica.²⁵

La significativa disminución de la mortandad desencadenó una impresionante explosión demográfica en las décadas siguientes que sacudió las estructuras socio-económicas del país las que, más o menos funcionales con una población de tres a cinco millones de habitantes, dejaron rápidamente de serlo. Las migraciones del campo a la ciudad y las invasiones de tierras, esta vez de los campesinos a las haciendas, testimonian aquello.²⁶

La crisis social y el desborde popular, que el aumento demográfico y las oleadas migratorias desencadenaron, obligaron al Estado a incluir esta problemática en su agenda. Así, una praxis política denominada de diferentes maneras –populismo, clientelismo, paternalismo, caudillismo, asistencialismo– se constituyó en la respuesta oficial a la gran demanda social de nuevas poblaciones urbanas que carecían de los servicios mínimos de subsistencia.

De esta manera, el ensanchamiento del sector público y de sus servicios, difundido a través de la publicidad estatal que exaltaba la imagen paterna y caudillista de la figura presidencial, generó una relación directa y vertical entre el primer mandatario y sus “clientes”, los habitantes de las primero llamadas barriadas y luego pueblos jóvenes, asentamientos humanos, barrios urbano-marginales etc.²⁷ No quisiéramos detenernos en un análisis semiótico del ca-

rácter peyorativo de varias de estas denominaciones. Ciertamente, hoy aquellos barrios se han convertido en ciudades que en muchos casos han generado sus propias fuentes de riqueza a través de la economía llamada informal.²⁸

Las transformaciones sociales que por aquellos años experimentaba el Perú motivaron también la toma de posición de nuevos sectores políticos surgidos de los medios intelectuales urbanos y de las universidades, que ya se cuestionaban las agudas contradicciones sociales al interior del país. Sin embargo, por diversas razones sus proyectos reformistas se frustraron. Sobre este particular, se destaca la oposición de la Alianza APRA-UNO al proyecto de Reforma Agraria propuesta por la Alianza AP-DC, durante el primer mandato del arquitecto Fernando Belaúnde Terry.

Asimismo, debe comprenderse que el contexto que rodea a los paulatinos intentos y aplicaciones de reformas agrarias, desde el segundo gobierno de Prado, la Junta de Lindey y Perez Godoy, y el primer gobierno de Acción Popular, es muy distinto del actual. Se trataba entonces de un país que se internaba en la segunda mitad del siglo XX manteniendo estructuras sociales feudales que se tambaleaban debido a su exposición al boom demográfico y a la expansión de los servicios estatales.

La situación descrita ponía en serio riesgo la supervivencia de la frágil institucionalidad estatal. Ciertamente, el conflicto descrito era caldo de cultivo para una coyuntura de desborde popular, en un mundo que enfrentaba al capitalismo con el socialismo en diversos escenarios periféricos aunque subordinados a los designios de las superpotencias mundiales. En tal contexto, los aludidos intentos de reforma agraria no eran necesariamente la expresión de proyectos políticos socialistas sino de la urgencia de democratizar las estructuras sociales del Perú para evitar estallidos revolucionarios más radicales.²⁹

“Este parecer reflejaba la generalización de la opinión de que las amenazas a la seguridad interna, derivadas de los problemas sociales del país, eran la tan serias como amenaza tradicional de invasiones a través de las fronteras”. (Klaren 2005:372)

Esta puede ser la razón que explica que diversos autores cuestionen la reticencia aprista a apoyar el programa de reforma agraria belaundista. Así por

24 ARAMBURÚ, Carlos. *La población peruana: un siglo de cambios*. Lima, Universidad de Lima, 2001. p.1.

25 CUETO y CONTRERAS, Op. Cit. p. 240 y MANRIQUE, Op. Cit. pp. 265 - 268 .

26 KLAREN, Op. Cit. pp. 394 – 397.

27 Ibid. pp.367 – 368.

28 ARELLANO, Rolando. *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe*. Lima: Arellano Investigación de Marketing, 2008. Esta interesante investigación explica las diferentes estrategias socio-económicas desarrolladas por el sector informal en las últimas décadas.

29 Esta fue, por ejemplo, la postura del Centro de Altos Estudios Militares, la que en las siguientes décadas inspiraría las políticas aplicadas por el Gobierno revolucionario de la Fuerza Armada, liderado por Juan Velasco Alvarado.

ejemplo, Manrique sostiene que la defección del APRA motivó que la medida se ejecutase luego “desde arriba”, por el Gobierno Revolucionario del General Velasco. Según Manrique, la limitada participación popular en el proyecto velasquista explica la persistencia de una mentalidad oligárquica y racista en el Perú. Para el autor, al no brotar de los sectores populares, las reformas no lograron eliminar las estructuras mentales y sociales del pasado.

“La revolución anti-oligárquica que ejecutaron los militares entre 1968 y 1975 quedó inconclusa. Fue exitosa en el terreno objetivo, pero se frustró en el terreno de las subjetividades. La oligarquía terrateniente y financiera y los gamonales desaparecieron, el bloque de poder oligárquico fue liquidado, pero la hegemonía ideológica de la oligarquía no fue cancelada. Como resultado, el Perú tuvo una revolución antioligárquica que fue exitosa en el terreno político y económico, pero que fracasó en el plano del control simbólico”. (Manrique 2009:23)

Para nosotros, sin embargo, la problemática admite una lectura distinta. Ciertamente es que el partido aprista declinó de una oportunidad inmejorable de aliarse con Acción Popular en 1963 y consolidar así un programa de reformas que en diversos sectores de la sociedad ponderaban como indispensables para alcanzar la justicia social en el país. Sin embargo, los resquicios de racismo o de actitudes aristocratizantes en el Perú contemporáneo no son los mismos que en la década de 1960.

Por un lado, permítaseme caer en un lugar común y recordar las ya trilladas palabras de Ferdinand Braudel, quien nos recuerda que las estructuras mentales son las que más tardan en modificarse³⁰. No debe por ello sorprender que los sobrevivientes de aquel orden oligárquico, o sus descendientes, mantengan algunas ideas de sus ancestros y persistan en una actitud hasta cierto punto endogámica.

Además, cabría preguntarse si debemos seguir afeerrados a un axioma que propone que las clases altas, aristocratizantes o no, son un “mal natural” de las sociedades latinoamericanas. Más bien, pensamos que de lo que se trata es de construir una sociedad más justa donde se erradiquen los bolsones de pobreza y extrema pobreza, que en el Perú casi alcanzan la mitad de la población. De hecho, conceptos como oligarquía, oligárquico, aristocracia y aristócrata han significado, en la historiografía marxista,

un adjetivo calificativo peyorativo que viene siempre acompañado por definiciones, descripciones y enfoques que presentan sesgos notables, teñidos todos de una tonalidad crítica que no deja lugar para el matiz.³¹

Quizá la historiografía venidera debería considerar las metas y proyectos futuros del estado y la sociedad para sintonizarlos con un relato del pasado que, sin falsear los acontecimientos y sus grandes fracturas, coadyuve a su comprensión situándolos en sus respectivos marcos temporales. Además, sería conveniente pensar en una sociedad donde la armonía entre sus actores sociales deje de vincularse con el imperativo de la homogeneidad socio-cultural.

De lo que se trata, más bien, es de integrar a los diferentes componentes de la sociedad a través de elementos comunes suficientes como para comprenderse todos como parte del mismo desarrollo histórico. En tal sentido, democratizar la educación, las oportunidades laborales y, en suma, la calidad de vida, respetando e incluyendo formas de organización socio-económica y raigambres culturales diversas, debe convertirse en el elemento fundacional del proyecto futuro. Pero de esto nos ocuparemos en las reflexiones finales de este ensayo.

2.3. Velasco: el punto de quiebre

Juan Velasco clausuró el esquema socio-racial cuyas continuidades y transformaciones venimos observando en este estudio transversal. El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada aplicó una serie de reformas radicales con la finalidad de modificar las estructuras económicas y sociales del Perú. Para el primer caso, apostó por el modelo propuesto por la CEPAL, de desarrollo por sustitución de importaciones; y para el segundo, por la reforma agraria y de la educación.

Para lo que nos ocupa, la coyuntura de 1969 mostraba un orden social tradicional en cuyos flancos se erigían ya otros órdenes paralelos. De esta manera, el Perú de las haciendas y de los grandes propietarios terratenientes fue desbordado por el vértigo de un país en transición que se “democratizaba” a pasos acelerados, empujado por el crecimiento poblacional.

La identificación de una larga crisis del orden oligárquico desde 1930 hasta 1970 es una acertada definición del proceso peruano de entonces.³² Así, mientras sentaba sus bases el nuevo perfil demográfico

30 BRAUDEL, Fernand. *El Mediterráneo: el espacio y la historia*. México, D.F, FCE, 1989.

31 FLORES GALINDO y BURGA, Op. Cit. PEASE, Op. Cit. MANRIQUE, 1995, Op. Cit. CUETO y Contreras, Op. Cit. estudian el periodo republicano priorizando el examen de sus aspectos económicos, desde una perspectiva neo-liberal. Por ello, sus referencias a los gobiernos oligárquicos enfatizan el análisis de las políticas económicas aplicadas durante su transcurso.

32 PEASE, Op. Cit. y MANRIQUE, Op. Cit., 1995. En páginas anteriores hemos valorado la interpretación que del periodo que cursa entre 1930 y 1970 aportan ambos autores.

del país, caracterizado por una población mayoritariamente costeña y urbana, adscrita a la dinámica de la economía informal, el “antiguo orden”, que podemos enlazar en una fina solución de continuidad desde los primeros tiempos coloniales hasta los inicios de la séptima centuria del siglo XX, se desmoronaba irremediabilmente. Por ello, Juan Velasco y su reforma agraria no hicieron más que clausurar un orden social estamental que, sancionado o no por la legislación, se había prolongado hasta instancias temporales en las que ya no había lugar para él.

“La crisis del 30 fue pues propiamente el inicio de la larga crisis del orden oligárquico. En la imposibilidad de ganar el gobierno por sus propias fuerzas, la oligarquía recurrió a las fuerzas armadas, que permanecerían en el poder hasta el 39 con Benavides, retornarían con Odría entre el 48 y el 56, y volverían a tomar el poder con Lindey y Pérez Godoy entre 1963 y 1964. Este último golpe contenía elementos inéditos, que sólo se hicieron evidentes cinco años después, con el gobierno militar de Velasco Alvarado y su voluntad declarada de cambiar el rol que el ejército había cumplido, definido por un general como el de “perro guardián de la oligarquía”. (Manrique 1995:251)

A la luz del tiempo transcurrido, es pertinente considerar una serie de imaginarios que describe la Revolución Peruana. Se ha dicho “que la reforma agraria era una buena idea pero que estuvo mal implementada”, “que se le entregó la propiedad de la tierra a quienes no estaban preparados para administrarla”, “que debido a Velasco se produjeron las grandes migraciones” y “que por culpa de Velasco se desarrolló el terrorismo”.

No pretendemos cuestionar en estas líneas discursos que son el resultado de la interacción de una serie de factores subjetivos que atañen la memoria colectiva y las diversas maneras a través de las cuales los colectivos e individuos se representan el pasado.³³ Es quizá más pertinente sostener que la Reforma de Velasco supuso la liquidación de estructuras sociales cuyo punto de inflexión se había sobrepasado ya tiempo atrás.

Creemos además que el análisis del régimen velasquista debe considerar por separado lo que quiso hacer y lo que quiso deshacer. Sobre lo primero, es evidente que su proyecto de transformación del modelo económico del país no funcionó. La larga crisis que sobrevino a la aplicación de una política estatista-nacionalista y el hecho que en la década de los noventa

se haya retomado el modelo exportador primario tradicional -con una hasta hoy incierta vocación industrial- coligen aquello. Sobre lo segundo, Velasco sí clausuró el orden social anterior pero no consolidó otro en su reemplazo. Pensamos, más bien, que su régimen eliminó las trabas que frenaban una transformación en proceso, la que desde entonces se potenció y continuó inexorable hasta mostrarnos, hoy, un país con un rostro socio-demográfico distinto, que espera ser definido y narrado desde perspectivas más contemporáneas.

2.4. Los ochentas: el vértigo de una década

Podría decirse que los años ochenta son la desembocadura de un proceso que se inició a fines de la República Aristocrática, el mismo que obligó a Leguía a ejecutar su programa de modernización y obras públicas, que polarizó la política peruana entre 1930 y 1968 y que se potenció a través de la revolución demográfica.

Todo ello hacía muy difícil “ver” el país en aquellos años. Aunque he sostenido que el movimiento es inherente a las sociedades, el vértigo experimentado por la nuestra, en la octava centuria del siglo pasado, sólo pudo mostrarle a quienes la vivieron las borrosas imágenes de un panorama convulsionado y ondulante.

La década de los ochenta es el tiempo en el que el nuevo perfil demográfico del Perú paulatinamente adopta sus rasgos distintivos, es la década de los pueblos jóvenes, de la música chicha, de las calles limeñas convertidas en mercados del comercio informal, de la violencia política y el terror; es la década del semi-colapso del Estado frente a la crisis económica y la demanda social. La década de los ochenta es también la década de las “combis” que recorrían las calles de la ciudad capital, siempre empotradas de pasajeros; es la década de los clubes de madres, la organización vecinal y la olla común.

La década de los ochenta nos muestra la aceleración del tiempo histórico y el movimiento de las estructuras sociales. Son los tiempos que ofrecen las primeras vistas de una sociedad que ha dejado de ser estamental y de un país que ya no es predominantemente rural. Finalmente la demografía del Perú invirtió sus tendencias: el tercio de la población vive en la capital y más de los dos tercios en las ciudades.³⁴

“Belaúnde volvió a la presidencia en 1980 para gobernar un país que había cambiado

33 HUYSEN, Andreas. *En busca del tiempo futuro en: “Medios, política y memoria”*. Revista Puentes, año 1, N° 2, diciembre 2000, Argentina y CHARTIER, Roger. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1992. Huyssen presenta una notable síntesis de las diferentes corrientes interpretativas que estudian las memorias histórica y colectiva desde la década de 1990. Por su parte, el aporte de Chartier resulta fundamental para el análisis de las representaciones sociales e influye en los estudios posteriores.

34 ARAMBURÚ, Op. Cit. pp. 2-4.

significativamente con respecto al que lo eligió por primera vez en 1963. En términos demográficos, la población peruana había explotado en las décadas de 1960 y 1970, prácticamente duplicándose entre 1960 (9.9 millones) y 1990 (17.3 millones). (...) Un tercio de la población nacional vivía ahora en el área de la gran Lima metropolitana, y casi la mitad tenía menos de veinte años de edad.” (Klaren 2005: 442)

Además, en la década de los ochenta, el semi-colapso del control estatal dejó libre el paso al desarrollo de imaginativas formas de comercio que solucionaron la crisis de subsistencias de entonces y que actualmente ofrecen interesantes posibilidades de industrialización al país.³⁵ Es por ello que el fin de la oligarquía no respondió únicamente a la aplicación de la Reforma Agraria o a la colectivización de la propiedad territorial, sino a la creación de riqueza en nuevos sectores urbanos, emprendedores e informales.

“Las investigaciones del ILD han mostrado que las actividades informales no se desarrollan, como muchos suponen, en un mundo de caos o anarquía. Por el contrario, los informales poseen intereses clara y específicamente definidos y un nivel hasta ahora insospechado de organización, regido por normas que ellos mismos han desarrollado de manera espontánea para reemplazar aquellas que el Estado no ha sabido ofrecerles. Aunque la informalidad es un síntoma de la crisis institucional de los países pobres, la demostrada capacidad de las organizaciones informales para producir sus propias normas puede convertirse en la fuente de solución para esa misma crisis” (De Soto 1990:13)³⁶

2.5. De neopopulismos y neoliberalismos: el legado de las últimas décadas

Alberto Fujimori implementó un proyecto estatal con el objetivo de incluir en el Perú oficial a los nuevos sectores urbano-marginales. Sin embargo, la orientación de su programa fue marcadamente clientelista y priorizó sobremanera la búsqueda de réditos políticos. Además, la ruptura del Estado de Derecho en abril de 1992 creó las condiciones para una década de gobierno autoritario que, ante la neutralización

de la oposición política y de los órganos de fiscalización, generó una espiral de corrupción desenfrenada y abuso del poder.

Por otro lado, el fujimorismo aplicó una política de obras públicas que extendió la presencia del Estado en los sectores más desfavorecidos, gracias a la construcción de escuelas y postas médicas. Además, aseguró la alimentación de alrededor de un millón de personas en los comedores populares.

Asimismo, el proyecto fujimorista reforzó la integración social del nuevo sujeto popular urbano en la sociedad a través de campañas psico-sociales y efectos de realidad que fueron difundidos por la llamada “prensa chicha” y por las cadenas televisivas. Así, una serie de pasquines se editaba en lenguaje popular o jerga mientras que la televisión reemplazaba en su programación a los humoristas de “Risitas y Salsa” por los cómicos ambulantes o de la calle. La sustitución del humor criollo por otro más informal ejemplifica las políticas proselitistas a través de las cuales el gobierno buscaba granjearse el favor de su público objetivo.

En suma, el fujimorismo implementó un proyecto inclusivo que relacionó cercanamente a los sectores llamados urbano-marginales con el gobierno y más específicamente con la persona del presidente Fujimori. Esta política implicó la necesaria expansión de los servicios del estado en tiempos en los que el terror ganaba más adeptos en los sectores más desprotegidos por aquél.

De algún modo, el fujimorismo es una versión contemporánea de las políticas populistas-autoritarias que se aplicaron durante el ocaso oligárquico. A pesar de que a su gobierno se le ha comparado mucho con el Oncenio de Leguía -debido a que en ambos se produjo un auto-golpe de Estado, ambos reformaron la Constitución y ambos se re-reeligieron- a nosotros nos resulta más pertinente su comparación con el ochenio de Odría (1948 – 1956). Así, en ambos gobiernos el acercamiento del Estado a los nuevos sectores urbano- emergentes siguió la doble consigna de captarlos, proveyéndoles los servicios básicos -luz, electricidad, agua, salud, educación- de los que carecían, y de impedir su radicalización política, la que azuzaban, en el primer caso el partido aprista y el segundo grupos subversivos como en MRTA y Sendero Luminoso³⁷.

35 DE SOTO, Hernando. *El otro sendero: la revolución informal*. Lima, Instituto Libertad y Democracia, 1987.

36 Nosotros coincidimos con la lectura de De Soto que se aplica al estudio del sector informal a finales de la década de 1980. Como es natural, la postura del autor ha sido posteriormente revisada por estudios que cuestionan su tesis del positivo impacto de la informalidad en la economía nacional. Estos estudios, sin embargo, analizan el fenómeno tras veinte años de evolución. Por eso es comprensible que aquello que en la década de los ochenta resultó una funcional respuesta ante el semi-colapso estatal, la explosión demográfica y la crisis económica; hoy presente obstáculos para la necesaria consolidación de la economía formal y el sistema tributario. Sobre las nuevas interpretaciones acerca de la economía y sector informales véase, por ejemplo, VELASCO, Tatiana, ÑOPO Hugo y RODRÍGUEZ, José (ed.). *Segunda conferencia sobre economía laboral*. Lima, Fondo editorial UNMSM, 2008.

37 A pesar de que fueron combatidos con políticas sociales análogas; la propuesta programática e ideológica del partido aprista es sustancialmente distinta a la de los movimientos Sendero Luminoso y MRTA. El APRA amenazaba el statu quo de los tiempos del orden oligárquico debido a sus planteamientos reformistas, mientras que los otros dos mencionados aspiraban a la liquidación del estado burgués y la implantación de un régimen socialista.

“A medida que se aproximaba el día de las elecciones –presidenciales de 1995- el candidato-presidente adoptó una estrategia de movilización de gran visibilidad, efectuando visitas personales diarias a estos proyectos y programas –comedores populares y Vaso de Leche- a menudo en helicóptero, para maximizar su exposición en los medios y las relaciones públicas a favor de su campaña. Era significativo el hecho de que la fuerza aérea ayudase al presidente a desplazarse rápidamente por todo el país para que asistiera a estos actos ceremoniales y de relaciones públicas. Ello resaltaba la función que las fuerzas armadas habían pasado a desempeñar: ser el principal medio institucional a través del cual entregar estos servicios a la población y el mensaje político correspondiente.” (Klaren 2005: 506)

Por otro lado, el gobierno fujimorista puso en práctica un liberalismo económico convencido que ha sido continuado por los regímenes siguientes. La apertura de la economía a la inversión extranjera supuso la vuelta al modelo exportador primario tradicional. Superada la polarización política de los años noventa, en la década que acaba de concluir se potenció la apuesta por la apertura e integración del país con los mercados mundiales.

Es así como durante el régimen de Alejandro Toledo comienzan a notarse indicios de crecimiento económico y de una cierta estabilidad política, así como a disiparse la nubosidad de las dos décadas anteriores. No obstante, la consolidación del modelo neoliberal, en la década que termina, deja también como secuela la excesiva obsecuencia de las autoridades del Estado con los inversionistas en los rubros de la minería y energía. Esta situación ha generado una serie de conflictos entre las comunidades campesinas de la sierra y selva y las empresas transnacionales que operan en el Perú.

Ante el problema, el Estado debería intervenir más y buscar soluciones que satisfagan, en primer lugar, las demandas de los ciudadanos a los que se debe. Es por ello que los fantasmas de las dos antiguas repúblicas –de españoles y de indios- se han dejado ver con alguna frecuencia en la década que termina.³⁸

“(…) dichos fantasmas nos habitan entrelazados entre sí inextricablemente. Y parecen

haberse hecho permanentes. De ese modo, han terminado por hacerse familiares, en verdad íntimos, y forman parte constitutiva de nuestra experiencia y de nuestras imágenes. Se podría decir, por eso, que ahora son virtualmente inherentes a la materialidad y al imaginario de nuestra existencia histórica. En ese sentido, forman el específico nudo histórico de América Latina”. (Quijano 2007: 139)

3. A manera de conclusión

Durante los años noventa, la crisis de los paradigmas filosóficos hasta en entonces vigentes –desencadenada por la caída del bloque socialista y el fin de la guerra fría- supuso la revisión de los métodos, teorías y finalidades de la disciplina histórica.³⁹ Resultante de aquello fue la discusión de su científicidad y el análisis de su dimensión narrativa. No pretendemos participar, en estas líneas, de un debate que, ciertamente, dista de haber concluido. Nos interesa, más bien, constatar que una consecuencia de aquel es la flexibilización de las diversas formas a través de las cuales nos acercamos al pasado.⁴⁰

Diversos especialistas afirman que la historia se escribe desde el presente. Esta idea es debatida en la medida en que el historiador, para acercarse al pasado, utiliza una serie de herramientas con la que persigue reproducir con fidelidad incluso los esquemas mentales del tiempo que es materia de su estudio. Sin embargo, subjetiva u objetivamente, el presente influye en su producción intelectual, ya sea porque a éste suelen interesarle más unos aspectos del pasado que otros, o porque las propias vivencias e ideología del investigador interfieren en su producción, a veces sin que él mismo lo perciba. Hay pues de pasado y de presente en el trabajo que el historiador comparte con la sociedad.⁴¹

No obstante, nos parece que la interacción entre la producción historiográfica acerca del periodo republicano peruano y el público de destino ha generado ecos ensordecedores que reproducen una y otra vez muchas voces de muchos tiempos distintos. Si admitimos como problema la interacción entre el presente del investigador y el pasado que estudia, lo que tenemos en el Perú, como singularidad, es que el pasado parece narrado desde presentes ya acabados.

38 QUIJANO, Op. Cit. pp. 134 – 139. Para ANÍBAL QUIJANO, la identidad, la democracia, la modernidad y la unidad son los fantasmas de América latina porque constituyen utopías inacabadas debido a la permanencia de la subordinación jerarquizada de los elementos socio-culturales autóctonos al bagaje eurocéntrico-occidental legado por los españoles. Aunque encontramos su trabajo harto sugerente, creemos que deja espacio para algunos matices fundamentales que podrían lograrse a través de una dinámica comparativa que confronte las permanencias que el autor subraya, junto con los profundos cambios sociales que, en la anterior centuria, han tenido lugar en las sociedades latinoamericanas.

39 BELTRÁN, Miguel Angel. *Pensar la historia en tiempos posmodernos?* En: Memoria y Civilización. n.4. 2001.

40 REGALADO, Op Cit. pp. 52-53 y 88-89. Según la autora: “lo que caracteriza a la ciencia contemporánea es su apertura a la permanente transformación, la conciencia del cambio y la aceptación más franca de la innovación entre los científicos. Lo que caracteriza al pensamiento científico postmoderno es su capacidad de facilitar el surgimiento permanente de sucesivas y numerosas vanguardias.”Ibid. p. 52.

41 CRUZ, Manuel. *El pasado en la época de su reproductibilidad técnica.* En: “Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo”. Barcelona, Paidós, 2002. Por su parte, Huysen sostiene que en la actualidad el espacio y el tiempo se han acelerado situación que lamenta la modernidad la que ha perdido la regularidad de sus fluidos temporales. Op. Cit. pp. 16 – 17.

Así, aún hoy parecen vigentes historias y memorias que describen pasados aún más remotos desde “presentes” que lo fueron en las décadas de los años cincuenta y setenta. Llama más la atención que con dichos parámetros mentales e historiográficos no sólo se narra periodos anteriores, sino que se aventuran muchas interpretaciones de la actualidad o del pasado inmediato. Así pues, nos encontramos con una muy paradójica situación en la que el presente puede ser narrado por el pasado.

Las narraciones vigentes acerca de la historia republicana del Perú se dividen en dos tendencias generales. De una parte, contamos con una posición tradicional vigente hasta las décadas de los cuarenta y cincuenta, que postula que, incluso desde antes de la gesta independentista, se forjó en el país una nación sobre la base del mestizaje de los aportes occidental y andino. Por la otra, se destaca la historiografía marxista, producida entre las décadas de los años sesenta y ochenta, que enfatiza las fracturas y contradicciones sociales del país y que es muy crítica del papel desempeñado por las clases altas republicanas.

Esta apreciación no pretende negar toda la producción historiográfica posterior, en la que podemos encontrar aportes y revisiones muy significativos; tampoco se propone cuestionar líneas de investigación pasadas que fueron importantes en su hora y que incluso hoy nos ofrecen interpretaciones que justifican su vigencia. Por ejemplo, el análisis de la interacción y tensión entre las estructuras sociales del país resulta imprescindible para comprender una sociedad como la nuestra que heredó un orden estamental de su pasado colonial.

Ciertamente, el presente ensayo testimonia que los análisis marxista y estructuralista son funcionales cuando se trata de describir una sociedad como la peruana del siglo XIX, la que mantenía muchos elementos heredados de un orden como el colonial, jerárquico y estamental. Sin embargo, aquellos enfoques no ofrecen la flexibilidad suficiente cuando se trata de recrear los grandes cambios y transformaciones sociales que el Perú experimentó durante la veinteava centuria.

Quizá aquello nos aproxime a la comprensión de por qué los discursos corrientes y la representación del presente en el sujeto cotidiano reproducen aún el esquema de una sociedad estamental y enjuician a los actores sociales, históricos o políticos, de acuerdo con dichos preceptos.

Por todo ello, creemos que la historia republicana requiere de una profunda revisión y consideramos que las actuales coyunturas mundial y nacional presentan una inmejorable ocasión para hacerlo. Aun-

que desde la historia del tiempo presente se discute la premisa que sostiene que el historiador debe estar temporalmente distanciado de los acontecimientos que estudia; pensamos que en nuestro caso sí es hora de dejar al pasado pasar y de comenzar a relatarlo sin sentirnos tan partícipes de él.⁴²

Todorov sostiene que hay memoria de contigüidad y memoria ejemplar. En la primera, el pasado no pasa y sus heridas trascienden al presente; y en la segunda, que es la que nos interesa alcanzar, el acontecimiento adopta una posición periférica y nos deja una enseñanza. Por su parte, Cruz señala que el rol del historiador en tiempos de la memoria es combatir los excesos de *pasadismo* en el presente y construir una narración del pasado que le haga bien a la sociedad.⁴³

Así pues, la historia tiene una función que cumplir en la necesaria reconciliación de los actores sociales del Perú, la que no será posible sin una relectura del pasado que permita una comprensión desapasionada del proceso republicano. Por ello, el énfasis que en las décadas pasadas se centró en la denuncia de las diferencias sociales debe dar paso a interpretaciones que, sin evadir su estudio, ofrezcan, más bien, una explicación contextualizada de los procesos que las produjeron.

Tal vez nuestro aporte en estas líneas haya sido proponer que en el siglo XIX el movimiento de las estructuras sociales fue lento y que, por el contrario, el siglo XX se caracterizó por grandes y vertiginosas transformaciones de las que se desprende la afirmación de que el Perú actual, en definitiva, no es más el de los tiempos coloniales. El perfil demográfico del Perú contemporáneo nos muestra a una mayoría poblacional que se corresponde con el sector informal y a dos importantes minorías: una compuesta por sectores urbanos tradicionales que responden a un bagaje cultural más occidental y otra que aglutina a los peruanos que forman parte de comunidades andinas y amazónicas, y cuyas formas de organización responden a modelos socioculturales ancestrales.

Con la propuesta de este nuevo esquema social no pretendemos sostener que una sociedad estamental y estratificada ha dado paso a otra del mismo tipo. Ciertamente, los vasos comunicantes entre los sectores que acabamos de referir son significativos y resultan potenciados por la presencia del Estado, la que ha aumentado sobremanera en las últimas décadas. Además, está claro que no existen más los gamonales y que la tan satanizada oligarquía no conserva la cuota de poder que ostentaba en el pasado.

Sin embargo, es también evidente que otras fracturas socio-económicas son más o menos herederas de

42 REGALADO, Op. Cit. pp. 101 – 105.

43 TODOROV, Tzvetan. *Las morales de la historia Barcelona*. Paidós, 1993, pp. 30-32 y CRUZ, Op. Cit. pp. 27-29.

las anteriores y que para algunos sectores de nuestra sociedad la presencia de una minera multinacional puede evocar la de los antiguos patrones. Asimismo, persisten en la vida cotidiana actitudes de discriminación y desprecio de unos contra otros ya sea por su origen étnico o social; por ello coincidimos con Nelson Manrique cuando sostiene que ciertas estructuras mentales del pasado mantienen hoy una importante vigencia, a pesar de que hemos ofrecido otra explicación para el fenómeno.

Nuestras últimas líneas son, sin embargo, optimistas. Nos da la impresión que los abismos sociales no son tan pronunciados como en el pasado y que los proyectos para lograr que los peruanos nos entendamos como un enorme *nosotros* hoy dependen, fundamentalmente, de la voluntad y capacidad política para ejecutarlos. ¿En qué momento nos encontramos? ¿Qué pensamos de lo aquí planteado? La siguiente mirada literaria de Mario Vargas Llosa, con la que no coincidimos necesariamente, refleja su percepción de la sociedad peruana de principios de los años noventa. Si luego de leerla atentamente nos preguntamos cuánto queda de aquello, es posible que obtengamos como respuesta un nuevo punto de partida para la reflexión.

“Pero la verdadera razón del fracaso matrimonial no fueron los celos, ni el mal carácter de mi padre, sino la enfermedad nacional por antonomasia, aquella que infesta todos los estratos y familias del país y en todos deja un relente que envenena la vida de los peruanos: el resentimiento y los complejos sociales. Porque Ernesto J. Vargas, pese a su blanca piel, sus ojos claros y su apuesta figura, pertenecía —o sintió siempre que pertenecía, lo que es lo mismo— a una familia socialmente inferior a la de su mujer. Las aventuras, desventuras y diabluras de mi abuelo Marcelino habían ido empobreciendo y rebajando a la familia Vargas hasta el ambiguo margen donde los burgueses empiezan a confundirse con eso que los que están más arriba llaman el pueblo, y en el que los peruanos que se creen blancos empiezan a sentirse cholos, es decir, mestizos, es decir, pobres y despreciados. En la variopinta sociedad peruana, y acaso en todas las que tienen muchas razas y astronómicas desigualdades, blanco y cholo son términos que quieren decir más cosas que raza o etnia: ellos sitúan a la persona social y económicamente, y estos factores son muchas veces los determinantes de la clasificación. Ésta es flexible y cambiante, supeditada a las circunstancias y a los vaivenes de los destinos particulares”. (Vargas Llosa 1993: 11)

4. Bibliografía

ARAMBURÚ, Carlos. *La población peruana: un siglo de cambios*. Lima, Universidad de Lima, 2001 (material educativo)

ARELLANO, Rolando. *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe*. Lima: Arellano Investigación de Marketing, 2008

BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima, Editorial Universitaria, 1983. (séptima ed.)

BELTRÁN, Miguel Angel. *Pensar la historia en ¿tiempos posmodernos?.* En: *Memoria y Civilización*. v.4 p.19 - 41 ,2001

BONILLA, Heraclio. *El problema nacional y colonial en el contexto de la Guerra del Pacífico*. En *Histórica*, Vol III, N.2, Diciembre, pp 1-34. Lima

BRAUDEL, Fernand. *El Mediterráneo: el espacio y la historia*. México, D.F, FCE, 1989

BURGA y FLORES GALINDO. *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima, Rikchay Perú, 1991

Chartier, Roger. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1992

CASTRO, Rodolfo. *Las organizaciones patrióticas durante la ocupación de Lima (1881 – 1883)*. Lima, 2009, (s/p – tesis de Licenciatura).

CRUZ, Manuel El pasado en la época de su reproductibilidad técnica En: *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona, Paidós, 2002

CUETO y CONTRERAS. *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima, Universidad del Pacífico y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004

DE SOTO, Hernando. *El otro sendero: la revolución informal*. Lima, Instituto Libertad y Democracia, 1987

Caminando el otro sendero. Bogotá, Fundes, 1990.

HUYSEN, Andreas. En busca del tiempo futuro en: *Medios, política y memoria*, Revista Puentes, año 1, N° 2, diciembre 2000

KLAREN, Peter. *Nación y sociedad en la Historia del Perú*. Lima, IEP, 2005

MALLÓN, Florencia. De ciudadano a “otro”: resistencia nacional, formación del Estado y visiones campesinas sobre la nación en Junín. En *Revista Andina* N. 23, 2004.

MANRIQUE, Nelson. *Las Guerrillas indígenas en la Guerra con Chile*. Lima, CIC, 1981.

Historia de la República. Lima, Fondo Editorial de Cofide, 1995

Usted fue aprista. Lima, Fondo Editorial PUCP, 2009

Mc EVOY, Carmen. *El legado castillista*. En Revista Histórica. Vol XX N.2 Dic. 1996

La experiencia republicana: política peruana, 1871-1878. En Hilda Sábato (coord.) Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina. México, D.F, El Colegio de México, Fideicomiso de Historia de las Américas, FCE, 1999 [reimpr. 2002]

La huella republicana liberal en el Perú: Manuel Pardo: escritos fundamentales. Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004

Forjando la nación: ensayos sobre historia republicana. PUCP. Instituto Riva-Agüero y The University of the South, 1999

NOUREDDINE AFFAYA, Mohammed Imaginarios de hecho y razón política por una esperanza intercultural. En Revista Cidob d'Afers Internacionals n° 66-67, octubre 2004

PEASE, Henry. El ocaso del poder oligárquico: lucha política en la escena oficial 1968-1975. Lima, Desco, 1986

PARODI REVOREDO, Daniel. La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la

Guerra del Pacífico. 1881-1883. Lima, Fondo editorial PUCP e IFEA, 2001.

PEREYRA, Hugo. Andrés Avelino Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883). Lima, ANR, 2006

QUIJANO, Anibal. *Don Quijote y los molinos de Viento en América Latina*. En Kozlarek, Oliver. De la teoría a una crítica plural de la modernidad. Buenos Aires, Biblos, 2007

Regalado de Hurtado, Liliana El rostro actual de Clío. La historiografía contemporánea: desarrollo, cuestiones y perspectivas Lima, PUCP - Fondo Editorial, 2002

ROBLES MENDOZA, Román. Legislación peruana sobre comunidades campesinas. Lima, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2002

TODOROV, Tzvetan. Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana. México, Siglo XXI, 1991

Las morales de la historia Barcelona, Paidós, 1993

THURNER, Mark. Republicanos andinos. Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas; Lima, IEP, 2006

VELASCO, Tatiana, Ñopo Hugo y Rodríguez, José (ed.). Segunda conferencia sobre economía laboral- Lima, Fondo editorial UNMSM, 2008

VARGAS LLOSA, Mario. *El pez en el agua*. Barcelona, Seix Barral, 1993